

Galicia, Galicia

El partido del humor

Entre las mejores cosechas de Galicia figura la del humor. No es un producto muy promocionado, es cierto, pero como se trata de un fruto silvestre, florece hasta en los velatorios. Pese al índice de pluviosidad, Galicia no es un valle de lágrimas ni la reserva reumática de Occidente. Los trovadores medievales, tantos como los gaiteros de hoy, componían siempre a dos bandas. ¡Marchando una de amor *fou* y otra de *maldizer*! Hasta el rey Alfonso el Sabio se marcó alguna cantiga festiva y obscena que hoy sería un *rap* escandaloso. Los molinos de la cultura popular gallega los han movido casi siempre ríos cantarines, reidores, gozosos y carnavalescos. Los *menciñeiros*, curanderos, más apreciados eran los que hacían reír al paciente. La compañera natural de la saudade ha sido la ironía. Y ese humor del débil ha sido un arma de supervivencia en los tiempos de Vía Crucis. Castelao, considerado algo así como el «padre fundador» de la nación gallega, era también humorista. ¿No es para estar orgulloso? Dan ganas de sentirse patriota y reclutar humoristas.

Éste no es el libro de un humorista, qué más quisiera, pero sí que está escrito desde el partido del humor, en el que me gustaría inscribirme de por vida siguiendo

la llamada volteriana: «Me metí en el partido de la risa y quiero morir riendo».

Lejos de evadirte, una cualidad del humor es que te devuelve el principio de realidad. En la política, como en cierto periodismo, existe el riesgo de confundir la agenda de actos del día con el mundo real. *Galicia, Galicia* está tejido con fragmentos que muestran otra realidad, contrapuesta a la propaganda. Casi siempre con ironía y, en alguna ocasión, como en el folletín *En el Mejor País del Mundo*, con el recurso de introducir personajes reales en una sala de espejos deformantes y en una ficción disparatada. La intención no es el engaño sino afilar o ensanchar perfiles. Y ocurre que, a veces, y de forma insospechada, la realidad devuelve la ficción como predicción.

Esta versión que tiene en sus manos presenta algunas modificaciones respecto de la gallega. He hecho una ligera readaptación del folletín, donde abundan los giros y referencias locales. En el resto, hemos incluido partes nuevas y suprimido otras, con un criterio de unidad formal de la obra y tratando de enfocar el haz de luz hacia lo que en *Galicia, Galicia* hay de metáfora para el momento español. Que no es poco.

Manuel Rivas

CAPÍTULO I

¿Son conservadores los conservadores?

«Todo es sumar y restar,
lo demás es cháchara».

Abraham Polansky

El conservador país donde casi no existen los conservadores

Es una creencia generalizada, incluso aparentemente confirmada por las urnas democráticas, que la población gallega es en su gran mayoría conservadora. De atendernos a la última experiencia electoral, los conservadores imperan con su conservadurismo en el Parlamento, conservadora es la Xunta y conservador es su presidente, quien acostumbra a decir que si algo es en política la sociedad gallega es precisamente conservadora, como conservadores son todos los finisterres atlánticos, las siete conservadoras naciones celtas. Y no sólo en las instituciones políticas. Si llamas a una puerta gallega, lo más normal es que salga una señora con una permanente muy parecida a la de Margaret Thatcher o un señor con el rey en la panza como Churchill. Esta impresión es también asumida como un axioma por todos los analistas políticos, propios de Galicia o ajenos. Confieso que yo mismo, en una primera aproximación, llegué a creer en una condición genéticamente conservadora de los gallegos. Pues bien, no hay nada de eso. Se trata de un espejismo, de un descomunal equívoco que trataré de enmendar en este informe.

En mi demorado recorrido por Galicia siguiendo al pie de la letra la guía de don Ramón Otero Pedrayo, encontré muchos conserveros, y aun miles y miles de latas de conserva, pero constaté que conservadores, lo que se

dice conservadores, se pueden contar con los dedos de una mano. Además, es muy difícil, por razones evidentes, que un conservero sea conservador. Sardina que pueda meter en la lata y que otros meterán en el papo, allá va.

Hora es de proclamar la verdad. Toda la intención de esa mayoría gallega a la que se tiene por conservadora, comenzando por los políticos que así se definen, es conservar lo menos posible y deshacerse de lo realmente conservable lo antes posible. Si a alguna conclusión llegué después de mi estancia en Galicia es que allí hay un proceso en marcha para no conservar nada. No hay tótem sagrado de Galicia que no esté en trance de extinción, y hasta las vacas tienen puestos los cuernos a remojo.

El arquetipo de conservador gallego de hoy está en los antípodas de lo que bien se entiende por conservador en la cultura política democrática. Encontrar un Burke, un Alexis de Tocqueville o un Raymond Aron entre aquellos que se tienen por conservadores en Galicia es casi tan difícil como dar con un pimiento de Padrón que no sea murciano.

Los supuestos conservadores gallegos no invocan a Tocqueville sino al apóstol Santiago, lo que siempre resulta más cómodo y lucido, por aquello del botafumeiro. El apóstol puede mucho contra los moros, pero tiene la ventaja para un político de que no escribió un tratado político y no interviene en el reparto presupuestario.

Puestos a tener héroes los sedicentes conservadores gallegos podrían tener su particular Guillermo Tell, el Roi Xordo de la Santa Irmandade, la revolución campesina del medievo. Pero, en realidad, el modelo de con-

servador gallego es el JR de *Dallas*. Lo que le encantaría al conservador gallego es llevar sombrero tejano y aparecer con coche en los lugares más insólitos para un coche. Si pudiesen entrar con el coche en un velatorio, tenga por seguro el muerto que así lo harían. Un conservador fetén aprecia la cultura y las creaciones del espíritu. El conservador gallego desprecia tanto la cultura como desprecia la agricultura un desertor del arado. El conservador gallego no consume libros por la principal razón de que no son comestibles. El día en que las editoriales gallegas ofrezcan en el mercado publicaciones comestibles, novela-lacón o poesía-percebera, se agotaron las existencias. Por razones parecidas de *utilidad*, el supuesto conservador gallego consume pocos periódicos. Tienen muy poco servicio desde que existen los envoltorios de plástico o el papel de aluminio.

Hay algo en lo que se supone que el conservador gallego es coherente hasta la médula, y es en la defensa de la propiedad. La propiedad es sagrada, pero en Galicia no hay nada menos sagrado que la propiedad que no se tiene en el bolsillo. En realidad, el supuesto conservador gallego no cree en la propiedad. Solo cree en su propiedad. El resto del territorio solamente puede tener interés en la medida en que pueda llegar algún día a ser de su propiedad. Por eso, en Galicia, aquello que no tiene vallado, que no está cercado por muros, aunque bien y propiedad sea, pues de todos es, sean cunetas o parajes públicos, es susceptible de convertirse en vertedero. No es que al conservador no le gusten los jardines. Le gusta su jardín. Y así todo.

El conservador gallego se caracteriza por su anti-conservacionismo radical. No le gusta lo viejo. Ni las viejas casas de piedra. Ni los viejos robledales. Ni la vie-

ja lengua del país. Lo que les gustaría a muchos supuestos conservadores gallegos es ser del PSOE, y de hecho muchos lo son. No es de extrañar que el flamante programa electoral de los conservadores gallegos, el que pesaba cinco kilos, haya sido en realidad hecho por un *consulting* de técnicos socialistas. Todos admiran a Alfonso Guerra y por eso no lo soportan, pues sabido es que el odio es la mayor parte de las veces una expresión de amor y envidia.

Son innumerables los ejemplos de que al conservador gallego no le gusta preservar, y eso explica su manía contra los preservativos, uno de los ejes de la delirante campaña electoral del invierno del 89. Programas al margen, propagandísticamente se utilizaron como bates de béisbol tres propósitos: acabar con los incendios, arrancar del Gobierno central el compromiso de incluir las autovías en el plan de carreteras del 92 y poner fin a la «indecorosa» campaña de los preservativos de la Xunta. Los dos primeros objetivos eran quizá ilusorios, pero funcionaron electoralmente. El tercero era una absoluta irresponsabilidad, propia de una antología del humor si no fuese el sida una terrible realidad que mal se combate con chistes o con el catecismo del padre Astete. El balance no puede ser más exitoso, pues se cumplió el más ambicioso de los tres objetivos. Se retiraron las vallas de los condones.

En esta Galicia supuestamente conservadora lo que de verdad se lleva es cambiar. Hay una fascinación por el cambio, siempre que ese cambio sea mudar de coche, de casa, de reloj o de chaqueta. Conservar, lo que se dice conservar, se conservan preferentemente las taras típicas, y no estoy hablando de la gaita, la boina o el hórreo. Se conserva e incluso se acrecienta la burocracia, el compa-

dreo, el conformismo, la desigualdad y el provincianismo. El galleguismo, ese componente sustancial de nuestra mejor tradición reformista, se ha convertido en un barniz exculpatorio, pues otorga carta de naturaleza a lo que son vicios reaccionarios. Así, la práctica de las *recomendaciones* se justifica como parte de la «cultura popular», como si la «cultura popular» fuese también escupir en el suelo, ensuciar las playas o conducir con dos copas de más.

Conservar nuestras raíces históricas. He ahí otra leyenda de la que se ha apropiado el imperante conservadurismo. Pero ¿de que raíces se trata?, ¿qué criterios botánicos se siguen para reivindicar las raíces? En la tradición gallega hay romanticismo liberal, republicanismo, solidaridad agraria, burguesía ilustrada, socialismo libertario o demócratas conservadores. En la tradición gallega hay también intolerancia, integrista, autoritarismo y caciquismo mutante. ¿Qué raíces prendieron, allá, en el fondo, en la sociedad gallega de hoy?

Definitivamente, en Galicia, pese al tópico de la Galicia conservadora, no encontré casi conservadores. Conocí, sí, unos cuantos, pero la gente los considera tipos raros y revolucionarios.

Galicia

Las peores cicatrices, escribe Juan Cueto, son las que deja la mala política en el paisaje. El mismo día que se aprobaba el proyecto de una monumental ciudad de la cultura, en Santiago, un artículo de prensa informaba que la Consellería de Medio Ambiente de la Xunta de Galicia daba el plácet para una explotación de granito en la finis terrana Costa de la Muerte. De seguir adelan-

te, esa cantera será la primera pica en un paraje al que no es exagerado considerar una catedral de la naturaleza, un mágico bosque de piedra zoomórfica, una fascinante obra de arte esculpida por el tiempo durante milenios. Es sólo una muestra de lo que está aconteciendo en Galicia, donde habría que ir pensando en un estado de emergencia paisajística. Gran parte de la costa es ya un eucaliptal, una mancha en la que desaparecieron la diversidad y la gama de colores.

Los ríos, más que entubados, van camino de estar embalsamados. Así acontece con el Xallas, en el Ezaro, el único río europeo que desembocaba en catarata sobre el mar, y que ahora baja entubado como un enfermo de la UVI. La masiva oposición vecinal, la municipal, las críticas del Defensor del Pueblo, las sentencias del Tribunal Superior de Justicia, no consiguen frenar la presa del Umia, como si la obra fuese un fatal designio de la divinidad, y la tierra, por ser de pequeños propietarios, no mereciese ningún respeto a los que se llaman conservadores. La ría de Arousa se eligió como absurdo emplazamiento para una especie de gran base de tanques de combustible. Y así un rosario de paradojas que explotan ante los ojos. ¿Y qué hace Medio Ambiente? Criticar a los medioambientalistas.

El paisaje habla. Las cicatrices del paisaje, como ya dijo Freud, pueden explicar otros malestares, comenzando por el cultural. Galicia necesita de un consenso sobre el territorio. Decidir lo que es sagrado. Lo que no se toca. Salvar algo. El problema del Partido Popular en Galicia es que no dialogó con nadie, ni siquiera consigo mismo. Es otra paradoja de las que estallan.

Cuando Fukuyama formuló el fin de los grandes dilemas políticos, no podía ni imaginar que su teoría se

derrumbaría de este modo: los de la boina contra los urbanitas. El PP cuenta aún con una gran mayoría, pero gobierna como un grupúsculo ágrafo. Todo se resume en un principio: *lo que diga don Manuel*. Y lo último que le oí a don Manuel sobre la oposición es: «¡Que les den morcilla!». Palabra de académico. De la Real Academia de Ciencias Políticas.